



EDWARD HOPPER - COVER FOR HOTEL MANAGEMENT (1923)

LA CULTURA EN PELIGRO

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2025



LA CULTURA EN PELIGRO

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2025

Patrocinado por:



Hacer con

Contenido

Presentación.....	5
--------------------------	----------

Discurso de Juan Pablo II a la organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura - UNESCO*	9
--	----------

Un santo en los muros de Caracas. El arte público de José Gregorio Hernández	39
José Luis Chacón Ramírez*	

Cultura y Narcocultura	55
Víctor Carcuro Maturana*	

Los desafíos de la cultura	65
Carlos Maillet Aranguiz*	

Presentación

Este octavo Cuadernillo lo dedicamos nuevamente a la cultura. Nada mejor que comenzar reproduciendo el ya canónico discurso de san Juan Pablo II en la Unesco el año 1980, considerado una pieza magistral sobre el tema. El Papa nos recuerda que la cultura “es un modo específico del ‘existir’ y del ‘ser’ del hombre”, del cual se deriva el modo de actuar que va dejando su huella en las diferentes generaciones. Un modo de existir equivocado conducirá inevitablemente a un modo de actuar equivocado, cuyas consecuencias pueden ser desastrosas.

La cultura se manifiesta en todas las dimensiones de la existencia humana. El arte y/o las bellas artes (*fine arts*) son

expresión de la cultura. En una sociedad que atraviesa por un duro trance, como Venezuela, José Luis Chacón Ramírez en su artículo “un santo en los muros de Caracas. El arte público de José Gregorio Hernández” nos recuerda como la tan abandonada belleza en el “arte” contemporáneo, es una expresión cultural que todavía sobrevive, pese a tantos condicionamientos y restricciones de la libertad.

No sería equivocado afirmar que las crisis políticas, económicas o éticas, son a la postre una crisis de la cultura. Víctor Carcuro aborda un problema no menor en nuestro país, el de la Narcocultura. Los peligros que ella entraña son evidentes, en especial con relación a los jóvenes, seducidos por las cantos de sirena de los narcos, que se aprovechan de la pobreza o falta de expectativas de tantos jóvenes e incluso niños.

¿Tiene el Estado alguna responsabilidad en la promoción de la cultura o debería mantenerse totalmente ajeno, dejando la iniciativa a los particulares? Carlos Maillet, en una breve, pero asertiva reflexión, afirma que el Estado no puede desentenderse de las expresiones culturales y plantea los desafíos que enfrenta, en cuanto agente y promotor de cultura. Si bien es cierto que nuestro país cuenta con un Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, creado en febrero de 2018 y que agrupa en una sola entidad a los antiguos Consejo de la Cultura, Dibam y Consejo de Monumentos Nacionales, a juicio de Maillet no se ha hecho lo suficiente. Por mi parte

agregaría que, además, mucho de lo que se hace o financia en el ámbito de “la cultura”, responde a un claro sesgo del gobierno de turno. Con otras palabras, siempre está latente la tentación de ideologizar la cultura, según los intereses del gobierno de turno. Maillet enumera cuales deberían ser las prioridades de cualquier gobierno que pretenda realmente promover la cultura.

EL EDITOR

Discurso de Juan Pablo II a la organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura - UNESCO

París, lunes 2 de junio de 1980

Señor Presidente de la Conferencia General,
Señor Presidente del Consejo Ejecutivo,
Señor Director General,
Señoras, Señores:

1. Antes de nada deseo agradecer muy cordialmente al Señor Amadou Mahtar M'Bow, Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, la invitación que me ha dirigido en varias ocasiones, ya desde la primera vez que me honró con su visita. Muchas son las razones por las que me llena de alegría el poder responder hoy a esta invitación, que tanto he apreciado.

Agradezco al Señor Napoleón Lebranc, Presidente de la Conferencia General, al Señor Chams Eldine El-Wakil, Presidente del Consejo Ejecutivo, y al Señor Amadou Mahtar M'Bow, Director General de la Organización, las amables palabras de bienvenida que acaban de pronunciar. Deseo saludar también a cuantos se han reunido aquí para la CIX sesión del Consejo Ejecutivo de la UNESCO. No puedo ocultar mi alegría de ver reunidos en esta ocasión a tantos delegados de las naciones del mundo entero, a tantas personalidades eminentes, a tantos expertos, a tantos ilustres representantes del mundo de la cultura y de la ciencia.

Intentaré con mi intervención aportar mi pequeño grano de arena al edificio que ustedes, señoras y señores, están asidua y perseverantemente construyendo, con su reflexión y sus resoluciones en todos los campos que caen bajo la competencia de la UNESCO.

2. Permítaseme comenzar refiriéndome *a los orígenes de vuestra Organización*. Los acontecimientos que marcaron la fundación de la UNESCO me inspiran sentimientos de gozo y gratitud a la Providencia: la firma de su constitución el 16 de noviembre de 1945; la entrada en vigor de la misma y el establecimiento de la Organización el 4 de noviembre de 1946; el acuerdo entre la UNESCO y la Organización de las Naciones Unidas aprobada por la Asamblea General de la ONU en el mismo año. Esta Organización es, en efecto,

obra de las naciones que, al terminar la terrible segunda guerra mundial, fueron impulsadas por lo que se podría llamar un deseo espontáneo de paz, de unión y de reconciliación. Estas naciones buscaron los medios y las formas de una colaboración capaz de establecer, profundizar y asegurar de modo duradero este nuevo acuerdo. Así, pues, la UNESCO nació, igual que la Organización de las Naciones Unidas, porque los pueblos sabían que el fundamento de las grandes empresas al servicio de la paz y del progreso de la humanidad en todo el mundo, era *la necesidad de la unión de las naciones*, el respeto mutuo y la cooperación internacional.

3. Continuando la acción, el pensamiento y el mensaje de mi gran predecesor el Papa Pablo VI, he tenido el honor de tomar la palabra ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, el pasado mes de octubre, invitado por el Señor Kurt Waldheim, Secretario General de la ONU. Poco después, el 12 de noviembre de 1979, fui invitado en Roma por el Señor Edouard Saouma, Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura. En aquella ocasión se me concedió la oportunidad de tratar asuntos profundamente ligados al conjunto de problemas que se refieren al futuro pacífico del hombre sobre la tierra. Efectivamente, todos estos problemas están íntimamente relacionados. Nos encontramos, por así decir, ante un vasto sistema de vasos comunicantes: los problemas de la cultura, de la ciencia y de la educación no se presentan, en la vida de

las naciones y en las relaciones internacionales, desligados de los otros problemas de la existencia humana, como son los de la paz o el hambre. Los problemas de la cultura están condicionados por las otras dimensiones de la existencia humana, de la misma manera que ellos, a su vez, las condicionan.

4. Hay, sin embargo, una dimensión fundamental —y así lo subrayé en mi discurso a la ONU al referirme a la Declaración universal de los Derechos del Hombre—, que es capaz de remover desde sus cimientos los sistemas que estructuran el conjunto de la humanidad y de liberar a la existencia humana, individual y colectiva, de las amenazas que pesan sobre ella. Esta dimensión fundamental es el hombre, el hombre integralmente considerado, el hombre que vive al mismo tiempo en la esfera de los valores materiales y en la de los espirituales. El respeto de los derechos inalienables de la persona humana es el fundamento de todo (cf. *Discurso a la ONU*, 7 y 13).

Toda amenaza contra los derechos del hombre, sea en el marco de sus bienes espirituales o en el de sus bienes materiales, va contra esta dimensión fundamental. Por eso subrayé en mi discurso a la FAO que ningún hombre, ningún país ni ningún sistema del mundo puede permanecer indiferente ante la "geografía del hambre" y las amenazas gigantescas que se desencadenarán si no cambian esencial y radicalmente toda la orientación de la política económica, y en particular la

jerarquía de las inversiones. Por eso insisto también, al referirme a los orígenes de vuestra Organización, en la necesidad de movilizar todas las fuerzas que encauzan la dimensión espiritual de la existencia humana, que testimonien la primacía de lo espiritual en el hombre –de lo que corresponde a la dignidad de su inteligencia, de su voluntad y de su corazón– para no sucumbir de nuevo ante la monstruosa alienación del mal colectivo, que siempre está dispuesto a utilizar los poderes materiales en la lucha exterminadora de los hombres contra los hombres, de las naciones contra las naciones.

5. En el origen de la UNESCO, igual que en la base de la Declaración universal de los Derechos del Hombre, se encuentran, pues, estos primeros nobles impulsos de la conciencia humana, de la inteligencia y de la voluntad. Me apelo a ese origen, a ese comienzo, a esas premisas y a esos primeros principios. En su nombre vengo hoy a París, a la sede de vuestra Organización, con una súplica: que después de una etapa de más de treinta años de actividades, se unan ustedes aún más en torno a estos ideales y a los principios que inspiraron los comienzos. En su nombre me permitiré también proponerles a ustedes algunas consideraciones verdaderamente fundamentales, pues sólo a su luz resplandece plenamente el significado de esta institución que se llama UNESCO, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

6. *Genus humanum arte et ratione vivit* (cf. Santo Tomás, comentando a Aristóteles, en *Post. Analyt.*, núm. 1). Estas palabras de uno de los más grandes genios del cristianismo, que fue al mismo tiempo un fecundo continuador del pensamiento antiguo, nos hacen ir más allá del círculo y de la significación contemporánea de la cultura occidental, sea mediterránea o atlántica. Tienen una significación aplicable al conjunto de la humanidad en la que se encuentran las diversas tradiciones que constituyen su herencia espiritual y las diversas épocas de su cultura. La significación esencial de la cultura consiste, según estas palabras de Santo Tomás de Aquino, en el hecho de ser una característica de la vida humana como tal. *El hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura*. La vida humana es cultura también en el sentido de que el hombre, a través de ella, se distingue y se diferencia de todo lo demás que existe en el mundo visible: el hombre no puede prescindir de la cultura.

La cultura es un modo específico del "existir" y del "ser" del hombre. El hombre vive siempre según una cultura que le es propia, y que, a su vez crea entre los hombres un lazo que les es también propio, determinando el carácter inter-humano y social de la existencia humana. *En la unidad* de la cultura como modo propio de la existencia humana, hunde sus raíces al mismo tiempo la *pluralidad de culturas* en cuyo seno vive el hombre. El hombre se desarrolla en esta pluralidad, sin perder, sin embargo, el contacto esencial con la unidad de la

cultura, en tanto que es dimensión fundamental y esencial de su existencia y de su ser.

7. El hombre, que en el mundo visible, es el *único sujeto óntico de la cultura*, es también *su único objeto y su término*. La cultura es aquello a través de lo cual el hombre, en cuanto hombre, se hace más hombre, "es" más, accede más al "ser". En esto encuentra también su fundamento la distinción capital entre lo que el hombre es y lo que tiene, entre el ser y el tener. La cultura se sitúa siempre en relación esencial y necesaria a lo que el hombre es, mientras que la relación a lo que el hombre tiene, a su "tener", no sólo es secundaria, sino totalmente relativa. Todo el "tener" del hombre no es importante para la cultura, ni es factor creador de cultura, sino en la medida en que el hombre, por medio de su "tener", puede al mismo tiempo "ser" más plenamente como hombre, llegar a ser más plenamente hombre en todas las dimensiones de su existencia, en todo lo que caracteriza su humanidad. La experiencia de las diversas épocas, sin excluir la presente, demuestra que se piensa en la cultura y se habla de ella *principalmente en relación con la naturaleza del hombre*, y luego solamente *de manera secundaria e indirecta en relación con el mundo de sus productos*. Todo esto no impide, por otra parte, que juzguemos el fenómeno de la cultura a partir de lo que el hombre produce, o que de esto saquemos conclusiones acerca del hombre. Un procedimiento semejante –modo típico del proceso de conocimiento "a posteriori"– contiene

en sí mismo la posibilidad de remontar, en sentido inverso, hacia las dependencias óntico-causales. El hombre, y sólo el hombre, es "autor", o "artífice" de la cultura; el hombre, y sólo el hombre, se expresa en ella y en ella encuentra su propio equilibrio.

8. Todos los aquí presentes nos encontramos *en el terreno de la cultura, realidad fundamental* que nos une y que está en la base del establecimiento y de las finalidades de la UNESCO. Por este mismo hecho nos encontramos en torno al hombre y, en un cierto sentido, en él, en el hombre. Este *hombre*, que se expresa en y por la cultura y es objeto de ella, es *único, completo e indivisible*. Es a la vez sujeto y artífice de la cultura. Según esto no se le puede considerar únicamente como resultante de todas las condiciones concretas de su existencia, como resultante —por no citar más que un ejemplo— de las relaciones de producción que prevalecen en una época determinada. ¿No sería entonces, de alguna manera, este criterio de las relaciones de producción *una clave para la comprensión* de la historicidad del hombre, para la comprensión de su cultura y de las múltiples formas de su desarrollo? Ciertamente, este criterio constituye una clave, e incluso una clave preciosa, pero no la clave fundamental constitutiva. Las culturas humanas reflejan, sin duda, los diversos sistemas de relaciones de producción; sin embargo, no es tal o tal sistema lo que está en el origen de la cultura, sino el hombre, el hombre que vive en el sistema, que lo acepta o que intenta

cambiarlo. No se puede pensar una cultura sin subjetividad humana y sin causalidad humana; sino que, en el campo de la cultura, *el hombre es siempre el hecho primero: el hombre es el hecho primordial y fundamental de la cultura.*

Y esto lo es el hombre siempre en su totalidad: *en el conjunto integral de su subjetividad espiritual y material.* Si, en función del carácter y del contenido de los productos en los que se manifiesta la cultura, es pertinente la distinción entre cultura espiritual y cultura material, es necesario constatar al mismo tiempo que, por una parte, las obras de la cultura material hacen aparecer siempre una "*espiritualización*" de la materia, una sumisión del elemento material a las fuerzas espirituales del hombre, es decir, a su inteligencia y a su voluntad, y que, por otra parte, las obras de la cultura espiritual manifiestan, de forma específica, una "*materialización*" del espíritu, una encarnación de lo que es espiritual. Parece que, en las obras culturales, esta doble característica es igualmente primordial y permanente.

Así, pues, a modo de conclusión teórica, ésta es una base suficiente para comprender la cultura a través del hombre integral, a través de toda la realidad de su subjetividad. Esta es también, en el campo del obrar, la base suficiente para buscar siempre en la cultura al hombre integral, al hombre todo entero, en toda la verdad de su subjetividad espiritual y corporal; la base suficiente para no superponer a la cultura –sistema

auténticamente humano, síntesis espléndida del espíritu y del cuerpo— *divisiones y oposiciones preconcebidas*. En efecto, ni una absolutización de la materia en la estructura del sujeto humano o, inversamente, una absolutización del espíritu en esta misma estructura, expresan la verdad del hombre ni prestan servicio alguno a su cultura.

9. Querría detenerme aquí en otra consideración esencial, en una realidad de orden muy distinto. Podemos abordarla haciendo notar que la Santa Sede está representada en la UNESCO por su Observador permanente, cuya presencia se sitúa en la perspectiva de la naturaleza misma de la Sede Apostólica. Esta presencia está en consonancia, en un sentido aún más amplio, con la naturaleza y misión de la Iglesia católica e, indirectamente, con la de todo el cristianismo. Aprovecho la oportunidad que se me ofrece hoy para expresar una convicción personal profunda. *La presencia de la Sede Apostólica* ante vuestra Organización —aunque motivada también por la soberanía específica de la Santa Sede— encuentra su razón de ser, por encima de todo, en *la relación orgánica y constitutiva* que existe entre *la religión* en general y el cristianismo en particular, por una parte, y *la cultura*, por otra. Esta relación se extiende a las múltiples realidades que es preciso definir como expresiones concretas de la cultura en las diversas épocas de la historia y en todos los puntos del globo. Ciertamente no será exagerado afirmar en particular que, a través de una multitud de hechos, Europa toda entera

—del Atlántico a los Urales— atestigua, en la historia de cada nación y en la de la comunidad entera, la relación entre la cultura y el cristianismo.

Al recordar esto, no quiero disminuir de ninguna manera la herencia de los otros continentes, ni la especificidad y el valor de esta misma herencia que deriva *de otras fuentes de inspiración religiosa, humanista y ética*. Al contrario deseo rendir *el más profundo y sincero homenaje* a todas las culturas del conjunto de la familia humana, desde las más antiguas a las que nos son contemporáneas. Teniendo presentes todas las culturas, quiero decir en voz alta aquí, en París, en la sede de la UNESCO, con respeto y admiración: "¡He aquí al hombre!". Quiero proclamar mi admiración ante la riqueza creadora del espíritu humano, ante sus esfuerzos incesantes por conocer y afirmar *la identidad del hombre*: de este hombre que está siempre presente en todas las formas particulares de la cultura.

10. Sin embargo, al hablar del *puesto de la Iglesia* y de la Sede Apostólica ante vuestra Organización, no pienso solamente en todas las obras de la cultura en las que, a lo largo de los dos últimos milenios, se expresaba el hombre que había aceptado a Cristo y al Evangelio, ni en las instituciones de diversa índole que nacieron de la misma inspiración en el campo de la educación, de la instrucción, de la beneficencia, de la asistencia social, y en tantos otros. Pienso sobre todo, señoras y señores, *en la vinculación fundamental del Evangelio*,

es decir, del mensaje de Cristo y de la Iglesia, con el hombre en su humanidad misma. Este vínculo es efectivamente creador de cultura en su fundamento mismo. Para crear la cultura hay que considerar íntegramente, y hasta sus últimas consecuencias, al hombre como valor particular y autónomo, como sujeto portador de la trascendencia de la persona. *Hay que afirmar al hombre por él mismo*, y no por ningún otro motivo o razón: ¡únicamente por él mismo! Más aún, hay que amar al hombre porque es hombre, hay que reivindicar el amor por el hombre en razón de la particular dignidad que posee. El conjunto de las afirmaciones que se refieren al hombre pertenece a la sustancia misma del mensaje de Cristo y de la misión de la Iglesia, a pesar de todo lo que los espíritus críticos hayan podido declarar sobre este punto, y a pesar de todo lo que hayan podido hacer las diversas corrientes opuestas a la religión en general, y al cristianismo en particular.

A lo largo de la historia, hemos sido ya mas de una vez, y lo somos aún, *testigos de un proceso, de un fenómeno muy significativo.* Allí donde han sido suprimidas *las instituciones religiosas*, allí donde se ha privado de su derecho de ciudadanía a las ideas y a las obras nacidas de la inspiración religiosa, y en particular de la inspiración cristiana, los hombres encuentran de nuevo esto mismo *fuera de los caminos institucionales*, a través de la confrontación que tiene lugar, en la verdad y en el esfuerzo interior, entre lo que constituye su humanidad y el contenido del mensaje cristiano.

Señoras y señores, perdónenme esta afirmación. Al proponerla, no he querido ofender a nadie en absoluto. Les ruego que comprendan que, en nombre de lo que yo soy, *no podía abstenerme de dar este testimonio*. En él se encierra también esta verdad —que no puede silenciarse— sobre la cultura, si se busca en ella todo lo que es humano, aquello en lo cual se expresa el hombre o a través de lo cual quiere ser el sujeto de su existencia. Al hablar de ello, quería *manifestar* también *mi gratitud* por los lazos que unen la UNESCO con la Sede Apostólica, estos lazos de los que mi presencia hoy aquí quiere ser una expresión particular.

11. De todo esto se desprende un cierto número de conclusiones capitales. Las consideraciones que acabo de hacer, en efecto, ponen de manifiesto que *la primera y esencial tarea de la cultura* en general, y también de toda cultura, es la educación. La educación consiste, en efecto, en que el hombre llegue a ser cada vez más hombre, que pueda "ser" más y no sólo que pueda "tener" más, y que, en consecuencia, a través de todo lo que "tiene", todo lo que "posee", sepa "ser" más plenamente hombre. Para ello es necesario que el hombre sepa "ser más" no sólo "con los otros", sino también "para los otros". La educación tiene una importancia fundamental para la formación de las relaciones interhumanas y sociales. También aquí abordo un conjunto de axiomas, en los que las tradiciones del cristianismo, nacidas del Evangelio, coinciden con la experiencia educativa de tantos hombres bien

dispuestos y profundamente sabios, tan numerosos en todos los siglos de la historia. Tampoco faltan en nuestra época éstos *hombres que aparecen como grandes*, sencillamente por su *humanidad, que saben compartir* con los otros, especialmente con los jóvenes. Al mismo tiempo, los síntomas de las crisis de todo género, ante las cuales sucumben los ambientes y las sociedades por otra parte mejor provistos –crisis que afectan principalmente a las jóvenes generaciones– testimonian, a cual mejor, que la obra de la educación del hombre *no se realiza sólo con la ayuda de las instituciones*, con la ayuda de medios organizados y materiales, por excelentes que sean. Ponen de manifiesto también que lo más importante es siempre *el hombre*, el hombre y *su autoridad moral* que proviene de la verdad de sus principios y de la conformidad de sus actos con sus principios.

12. Como la más competente Organización mundial, en todos los problemas de la cultura, la UNESCO no puede descuidar este otro punto absolutamente primordial: ¿Qué hacer para que la educación del hombre se realice *sobre todo en la familia*?

¿Cuál será el grado de moralidad pública que asegure a la familia, y sobre todo a los padres, la autoridad moral necesaria para este fin? ¿Qué tipo de instrucción? ¿Qué formas de legislación sostienen esta autoridad o, al contrario, la debilitan o destruyen? Las causas del éxito o del fracaso en la

formación del hombre por su familia se sitúan siempre a la vez *en el interior* mismo del núcleo fundamentalmente creador de la cultura, que es la familia, y también *a un nivel superior*, el de la competencia del Estado y de los órganos, de quienes las familias dependen. Estos problemas no pueden dejar de provocar la reflexión y la preocupación en el foro donde se reúnen los representantes cualificados de los Estados.

No hay duda de que el hecho cultural primero y fundamental es el hombre espiritualmente maduro, es decir, el hombre plenamente educado, el hombre capaz de educarse por sí mismo y de educar a los otros. No hay duda tampoco de que la dimensión primera y fundamental de la cultura es la sana moralidad: *la cultura moral*.

13. En este campo se plantean, ciertamente, numerosas cuestiones particulares, pero la experiencia demuestra que todo va unido, y que estas cuestiones están encuadradas en sistemas de clara dependencia recíproca. Por ejemplo, en el conjunto del proceso educativo, de la educación escolar particularmente, ¿no ha tenido lugar *un desplazamiento unilateral hacia la instrucción en el sentido estricto del término*? Si se consideran las proporciones que ha tomado este fenómeno, así como el crecimiento sistemático de la instrucción que se refiere únicamente a lo que posee el hombre, ¿no es el hombre quien se encuentra cada vez más oscurecido? Esto lleva consigo una verdadera *alienación de la educación*: en lugar de obrar

en favor de lo que el hombre debe "ser", la educación actúa únicamente en favor de lo que el hombre puede crecer en el aspecto del "tener", de la "posesión". La siguiente etapa de esta alienación es habituar al hombre, privándole de su propia subjetividad, a ser *objeto de múltiples manipulaciones*: las manipulaciones ideológicas o políticas que se hacen a través de la opinión pública; las que tienen lugar a través del monopolio o del control, por parte de las fuerzas económicas o de los poderes políticos, de los medios de comunicación social; la manipulación, finalmente, que consiste en enseñar la vida como manipulación específica de sí mismo.

Parece que estos peligros en materia de educación amenazan sobre todo a las sociedades con una civilización técnica más desarrollada. Estas sociedades se encuentran ante *la crisis específica del hombre* que consiste en una *creciente falta de confianza en su propia humanidad*, en la significación del hecho de ser hombre, y de la afirmación y de la alegría que de ello se siguen y que son fuente de creatividad. La civilización contemporánea intenta imponer al hombre una serie *de imperativos aparentes*, que sus portavoces justifican recurriendo al principio del desarrollo y del progreso. Así, por ejemplo, en lugar del respeto a la vida, "el imperativo" de desembarazarse de la vida y destruirla; en lugar del amor, que es comunión responsable de las personas, "el imperativo" del máximo de placer sexual al margen de todo sentido de responsabilidad; en lugar de la primacía de la verdad en las acciones, la "primacía"

del comportamiento de moda, de lo subjetivo y del éxito inmediato.

En todo esto se expresa indirectamente una gran *renuncia sistemática* a la sana ambición, que es la ambición de ser hombre. No nos hagamos ilusiones: el sistema formado sobre la base de estos falsos imperativos, de estas renunciaciones fundamentales, puede determinar el futuro del hombre y el futuro de la cultura.

14. Si, en nombre del futuro de la cultura, se debe proclamar que el hombre tiene derecho a "ser" más, y si por la misma razón se debe exigir una sana *primacía de la familia* en el conjunto de la acción educativa del hombre para una verdadera humanidad, debe situarse también en la misma línea *el derecho de la nación*; se le debe situar también *en la base de la cultura y de la educación*.

La nación es, en efecto, la gran comunidad de los hombres que están unidos por diversos vínculos, pero sobre todo, precisamente, por la cultura. La nación existe "*por*" y "*para*" la cultura, y así es ella la gran educadora de los hombres para que puedan "ser más" en la comunidad. La nación es esta comunidad que posee una historia que supera la historia del individuo y de la familia. En esta comunidad, en función de la cual educa toda familia, la familia comienza su obra de educación por lo más simple, la lengua, haciendo posible de este

modo que el hombre aprenda a hablar y llegue a ser miembro de la comunidad, que es su familia y su nación. En todo esto que ahora estoy proclamando y que desarrollaré aún más, mis palabras traducen una experiencia particular, un *testimonio particular* en su género. Soy hijo de una nación que ha vivido las mayores experiencias de la historia, que ha sido condenada a muerte por sus vecinos en varias ocasiones, pero que ha sobrevivido y que ha seguido siendo ella misma. Ha conservado su identidad y, a pesar de haber sido dividida y ocupada por extranjeros, ha conservado su soberanía nacional, no porque se apoyara en los recursos de la fuerza física, sino *apoyándose exclusivamente en su cultura*. Esta cultura resultó tener un poder mayor que todas las otras fuerzas. Lo que digo aquí respecto al derecho de la nación a fundamentar su cultura y su porvenir, no es el eco de ningún "nacionalismo", sino que se trata de un elemento estable de la experiencia humana y de las *perspectivas humanistas del desarrollo del hombre*. Existe una soberanía fundamental de la sociedad que se manifiesta en la cultura de la nación. Se trata de la soberanía por la que, al mismo tiempo, el hombre es supremamente soberano. Al expresarme así, pienso también, con una profunda emoción interior, en las *culturas de tantos pueblos antiguos* que no han cedido cuando han tenido que enfrentarse a las civilizaciones de los invasores: y continúan siendo para el hombre la fuente de su "ser" de hombre en la verdad interior de su humanidad. Pienso con admiración también en las *culturas de las nuevas*

sociedades, de las que se despiertan a la vida en la comunidad de la propia nación –igual que mi nación se despertó a la vida hace diez siglos– y que luchan por mantener su propia identidad y sus propios valores contra las influencias y las presiones de modelos propuestos desde el exterior.

15. Al dirigirme a ustedes, señoras y señores, que se reúnen en este lugar desde hace más de treinta años en nombre de la primacía de las realidades culturales del hombre, de las comunidades humanas, de los pueblos y de las naciones, les digo: velen, con todos los medios a su alcance, por esta soberanía fundamental que posee cada nación en virtud de su propia cultura. Protéjanla como a la niña de sus ojos para el futuro de la gran familia humana. ¡Protéjanla! No permitan que esta soberanía fundamental se convierta en presa de cualquier interés político o económico. No permitan que sea víctima de los totalitarismos, imperialismos o hegemonías, para los que el hombre no cuenta sino como objeto de dominación y no como sujeto de su propia existencia humana. Incluso la nación –su propia nación o las demás– no cuenta para ellos más que como objeto de dominación y cebo de intereses diversos, y no como sujeto: el sujeto de la soberanía proveniente de la auténtica cultura que le pertenece en propiedad. ¿No hay, en el mapa de Europa y del mundo, naciones que tienen una *maravillosa soberanía histórica* proveniente de su cultura, y que sin embargo se ven privadas de su plena soberanía?

¿No es éste un punto importante para el futuro de la cultura humana, importante sobre todo en nuestra época cuando tan urgente es eliminar los restos del colonialismo?

16. Esta soberanía que existe y que tiene su origen en la cultura propia de la nación y de la sociedad, en la primacía de la familia en la acción educativa y, por fin, en la dignidad personal de todo hombre, *debe permanecer como el criterio fundamental* en la manera de tratar este problema importante para la humanidad de hoy, que es el problema de los *medios de comunicación social* (de la información vinculada a ellos y también de lo que se llama la "cultura de masas"). Dado que estos medios son los medios "sociales" de la comunicación, no pueden ser *medios de dominación sobre los otros*, tanto por parte de los agentes del poder político, como de las potencias financieras que imponen su programa y su modelo. Deben llegar a ser el medio —y de qué importancia!— *de expresión* de esta *sociedad* que se sirve de ellos, y que les asegura también su existencia. Deben tener en cuenta las verdaderas necesidades de esta sociedad. Deben tener en cuenta la cultura de la nación y su historia. Deben *respetar la responsabilidad de la familia en el campo de la educación*. Deben tener en cuenta el bien del hombre, su dignidad. No pueden estar sometidos al criterio del interés, de lo sensacional o del éxito inmediato, sino que, teniendo en cuenta las exigencias de la ética, deben servir a la construcción de una vida "más humana".

17. *Genus humanum arte et ratione vivit.* En realidad, se afirma que *el hombre es él mismo mediante la verdad, y llega a ser más él mismo mediante el conocimiento* cada vez más perfecto *de la verdad*. Querría rendir homenaje aquí, señoras y señores, a todos los méritos de esta Organización vuestra, y al mismo tiempo al compromiso y a todos los esfuerzos de los Estados y de las Instituciones que ustedes representan, en la línea de la *popularización* de la *instrucción* en todos los grados y a todos los niveles, en la línea de la eliminación del analfabetismo, que significa la ausencia de toda instrucción –incluso de la más elemental–, ausencia dolorosa no sólo desde el punto de vista de la cultura elemental de los individuos y de los ambientes, sino también desde el punto de vista del progreso socio-económico. Hay índices inquietantes de retraso en este campo, ligado muchas veces a una distribución de los bienes radicalmente desigual e injusta: pensemos en las situaciones en las que, al lado de una oligarquía plutocrática, poco numerosa, existen multitudes de ciudadanos hambrientos viviendo en la miseria. Esto retraso puede ser eliminado no mediante sanguinarias luchas por el poder, sino sobre todo mediante *la alfabetización sistemática* lograda por la difusión y la popularización de la instrucción. Es necesario un esfuerzo en este sentido si se desean lograr enseguida los cambios que se imponen en el terreno de lo socio-económico. El hombre, que "es más" gracias también a lo que "tiene", y a lo que "posee", debe *saber poseer*, es decir, *disponer y administrar* los

medios que posee, para su bien propio y para el bien común. La instrucción es indispensable para ello.

18. El problema de la instrucción siempre estuvo estrechamente ligado a *la misión de la Iglesia*. La Iglesia, a lo largo de los siglos, ha fundado escuelas a todos los niveles; hizo nacer las universidades medievales en Europa: en París y en Bolonia, en Salamanca y en Heidelberg, en Cracovia y en Lovaina. También en nuestra época ofrece la misma contribución en todos los lugares donde su actividad en este campo es solicitada y respetada. Permítaseme reivindicar en este lugar *para las familias católicas* el derecho que toda familia tiene de educar a sus hijos en escuelas que correspondan a su propia visión del mundo, y en particular el estricto derecho de los padres creyentes a no ver a sus hijos, en las escuelas, sometidos a programas inspirados por el ateísmo. Ese es en efecto uno de los derechos fundamentales del hombre y de la familia.

19. El sistema de enseñanza está orgánicamente ligado al sistema de las diversas formas de orientar *la práctica y la popularización de la ciencia*, que es para lo que sirven los establecimientos de enseñanza de nivel superior, las universidades y también, dado el desarrollo actual de la especialización y de los métodos científicos, los institutos especializados. Se trata de instituciones de las que sería difícil hablar sin una profunda emoción. Son *los bancos de trabajo*, en los que tanto la vocación del hombre al conocimiento como *el vínculo*

constitutivo de la humanidad *con la verdad* como objetivo del conocimiento, se hacen realidad de cada día, se hacen, en cierto sentido, el pan cotidiano de tantos maestros, venerados corifeos de la ciencia, y en torno a ellos, de los jóvenes investigadores dedicados a la ciencia y a sus aplicaciones, y también de multitud de estudiantes que frecuentan estos centros de la ciencia y del conocimiento.

Nos encontramos aquí como *en los más elevados grados de la escala* por la que el hombre, desde el principio, trepa hacia el conocimiento de la realidad del mundo que le rodea, y hacia el conocimiento de los misterios de su humanidad. Este proceso histórico ha alcanzado en nuestra época *posibilidades* hasta ahora desconocidas; ha abierto a la inteligencia humana *horizontes* insospechados hasta entonces. Sería difícil entrar aquí en el detalle pues, en el camino del conocimiento, las orientaciones de la especialización son tan numerosas como rico es el desarrollo de la ciencia.

20. Vuestra Organización es un lugar de encuentro, de un encuentro que engloba en su más amplio sentido, todo el campo tan esencial de la cultura humana. Este auditorio es, pues, el lugar más indicado para saludar a todos los hombres de ciencia, y rendir particularmente homenaje a los que están aquí presentes y han obtenido por sus trabajos el más alto reconocimiento y las más eminentes distinciones mundiales. Permítaseme, por tanto, expresar también algunos deseos que,

estoy seguro, coinciden con el pensar y el sentir de los miembros de esta augusta asamblea.

Si mucho nos edifica en el trabajo científico —nos edifica y también nos alegra profundamente—, *este avance del conocimiento desinteresado de la verdad*, a cuyo servicio se entrega el sabio con la mayor dedicación y a veces con riesgo de su salud e incluso de su vida, mucho más debe preocuparnos todo lo que está en contradicción con los principios del desinterés y de la objetividad, todo lo que haría *de la ciencia un instrumento* para conseguir objetivos que nada tienen que ver con ella. Sí, debemos preocuparnos de todo lo que proponen y presuponen esos fines no científicos y que exige de los hombres de ciencia que se pongan a su servicio sin permitirles juzgar ni decidir, con independencia de espíritu, acerca de *la honestidad humana y ética* de tales fines o les amenaza de sufrir las consecuencias si se niegan a colaborar.

¿Acaso tienen necesidad de pruebas o de comentarios esos fines no científicos de los que estoy hablando y ese problema que planteo? Ustedes saben a qué me refiero; baste aludir al hecho de que, entre los que, al final de la última guerra mundial fueron citados ante los tribunales internacionales, había también hombres de ciencia. Señoras y señores les pido que me perdonen estas palabras, pero no sería fiel a los deberes de mi tarea si no las pronunciara, no por volver sobre el pasado, sino por defender *el futuro de la ciencia y de la cultura humana*,

más aún, ¡por defender el futuro del hombre y del mundo! Pienso que Sócrates, quien con su rectitud poco común, pudo sostener que la ciencia era al mismo tiempo una virtud moral, tendría que rebajar su certeza si hubiera podido considerar las experiencias de nuestro tiempo.

21. Nos damos cuenta de ello, señoras y señores, *el futuro del hombre y del mundo está amenazado*, radicalmente amenazado, a pesar de las intenciones ciertamente nobles de los hombres del saber, de los hombres de ciencia. Y está amenazado porque los maravillosos resultados de sus investigaciones y de sus descubrimientos, sobre todo en el campo de las ciencias de la naturaleza, han sido y continúan siendo explotados —en perjuicio del imperativo ético— para fines que nada tienen que ver con las exigencias de la ciencia, e incluso para *fines de destrucción y de muerte*, y esto en un grado jamás conocido hasta ahora, causando daños verdaderamente inimaginables. Mientras que la ciencia está llamada a estar al servicio de la vida del hombre, se constata demasiadas veces, sin embargo, que está sometida a fines que son destructivos de la verdadera dignidad del hombre y de la vida humana. Eso es lo que ocurre cuando la investigación científica está orientada hacia esos fines o cuando sus resultados se aplican a fines contrarios al bien de la humanidad. Esto se verifica tanto en el terreno de las manipulaciones genéticas y de las experimentaciones biológicas, como en el de las armas químicas, bacteriológicas o nucleares.

Dos consideraciones me llevan a someter a vuestra reflexión sobre todo la amenaza nuclear que pesa sobre el mundo de hoy y que, si no es conjurada, podría conducir a la destrucción de los frutos de la cultura, los productos de la civilización elaborada a través de siglos por sucesivas generaciones de hombres que han creído en la primacía del espíritu, y que no han ahorrado ni sus esfuerzos ni sus fatigas. La primera consideración es ésta. Razones geo-políticas, problemas económicos de dimensión mundial, incomprensiones terribles, orgullos nacionales heridos, el materialismo de nuestra época y la decadencia de los valores morales han llevado a nuestro mundo a una situación de inestabilidad, a *un equilibrio frágil* que puede ser destruido de un momento a otro, como consecuencia de errores de juicio, de información o de interpretación.

Otra consideración se añade todavía a esta inquietante perspectiva, ¿Se puede estar seguro hoy de que la ruptura del equilibrio no llevaría a una guerra, y a una guerra en la que no se dudaría de recurrir a las armas nucleares? Hasta ahora se ha dicho que las armas nucleares han venido constituyendo una fuerza de disuasión que ha impedido que estalle una guerra mayor, y eso probablemente es cierto. Pero también es posible preguntarse si siempre será así. Las armas nucleares, sean del calibre o del tipo que sean, se perfeccionan más cada año y se van añadiendo al arsenal de un número creciente de países. ¿Cómo estar seguros de que el uso de armas nucleares,

incluso con fines de defensa nacional o en el caso de conflictos limitados, no llevará consigo *una escalada inevitable*, que conduciría a una destrucción que la humanidad no puede ni imaginar ni aceptar jamás? Pero no es a ustedes, hombres de ciencia y de cultura, a quienes debo yo pedir que no cierren los ojos ante lo que una guerra nuclear puede representar para la humanidad entera (cf. *Homilía en la Jornada mundial de la Paz*, 1 de enero de 1980).

22. Señoras y señores: El mundo no podrá seguir mucho tiempo por este camino. Al hombre que ha tomado conciencia de la situación y de lo que está en juego, al hombre que tiene presente, aunque sólo sea de forma elemental, las responsabilidades que incumben a cada uno, se le impone una convicción, que es al mismo tiempo *un imperativo moral*: ¡Hay que movilizar las conciencias! Hay que aumentar *los esfuerzos de las conciencias humanas* en la medida de la tensión entre el bien y el mal a la que están sometidos los hombres al final del siglo veinte. Es necesario convencerse de la prioridad de la ética sobre la técnica, de la primacía de la persona sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia (cf. *Redemptor hominis*, 16). La causa del hombre será servida si la ciencia se alía con la conciencia. El hombre de ciencia ayudará verdaderamente a la humanidad si conserva "el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre" (*Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias*, 10 de noviembre de 1979, núm. 4).

Así, aprovechando la ocasión de mi presencia hoy en la sede de la UNESCO, yo, hijo de la humanidad y Obispo de Roma, me dirijo directamente a ustedes, hombres de ciencia, a ustedes que están reunidos aquí, a ustedes, las más altas autoridades en todos los campos de la ciencia moderna. Y me dirijo, a través de ustedes, a sus colegas y amigos de todos los países y de todos los continentes.

Me dirijo a ustedes en nombre de esta terrible amenaza que pesa sobre la humanidad y, al mismo tiempo, en nombre del futuro y del bien de esta humanidad en el mundo entero. Y les suplico: *despleguemos todos nuestros esfuerzos* para instaurar y respetar, en todos los campos de la ciencia, la primacía de la ética. Despleguemos sobre todo nuestros esfuerzos para preservar la familia humana de la horrible perspectiva de la guerra nuclear.

Ya traté este tema ante la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, en Nueva York, el 2 de octubre del año pasado. Hoy les hablo a ustedes. Me dirijo a su inteligencia y a su corazón, por encima de las pasiones, las ideologías y las fronteras. Me dirijo a todos aquellos que, por su poder político o económico, podrían verse inducidos, y muchas veces lo son, a imponer a los hombres de ciencia *las condiciones de su trabajo y su orientación*. Me dirijo sobre todo a cada hombre de ciencia individualmente y a toda la comunidad científica internacional.

Todos ustedes unidos representan una potencia enorme: la potencia de las inteligencias y de las conciencias. ¡Muéstrense más poderosos que los más poderosos de nuestro mundo contemporáneo! Decídanse a demostrar la más noble solidaridad con la humanidad: la que se funda en la dignidad de la persona humana. Construyan la paz, empezando por su fundamento: *el respeto de todos los derechos del hombre*, los que están ligados a su dimensión material y económica, y los que están ligados a la dimensión espiritual e interior de su existencia en este mundo. ¡Que la sabiduría les inspire! ¡Que el amor les guíe, este amor que ahogará la amenaza creciente del odio y de la destrucción! Hombres de ciencia, comprometan toda su autoridad moral para salvar a la humanidad de la destrucción nuclear.

23. Se me ha concedido realizar hoy *uno de los deseos más vivos de mi corazón*. Se me ha concedido penetrar, aquí mismo, en el interior del Areópago, que es el del mundo entero. Se me ha concedido decirles a todos ustedes, miembros de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, a ustedes que trabajan por el bien y la reconciliación de los hombres y de los pueblos a través de todos los campos de la cultura, la educación, la ciencia y la información, decirles y gritarles desde el fondo del alma: ¡Sí! ¡El futuro del hombre depende de la cultura! ¡Si! ¡La paz del mundo depende de la *primacía del Espíritu*! ¡Si! ¡El porvenir pacífico de la humanidad depende *del amor*!

Su contribución personal, señoras y señores, es importante, es vital. Se sitúa en *el planteamiento correcto* de los problemas a cuya solución consagran su servicio.

Mi palabra final es ésta: No se detengan. Continúen. Continúen siempre.

Un santo en los muros de Caracas. El arte público de José Gregorio Hernández

José Luis Chacón Ramírez*

El fenómeno JGH

Venezuela, un país sumido en una profunda crisis económica, política y social, ha sido testigo en los últimos cinco años de una manifestación cultural impactante protagonizada por la figura de José Gregorio Hernández, el primer santo del país, canonizado el pasado 19 de Octubre. Un poco antes y especialmente después de su beatificación en abril de 2021, han surgido una enorme cantidad de expresiones artísticas de diversa índole y en todas las escalas; desde los pequeños altares en la intimidad de las casas hasta grandes obras de arte en los espacios públicos de las ciudades, realizados por artistas

* Arquitecto y artista, MSc. en Filosofía, PhD. en Arquitectura, Profesor Titular (J) de la Universidad de Los Andes, Mérida Venezuela.

ya bien autodidactas e ingenuos, o formados y profesionales. Como atestigua uno de los textos de la exposición “El Médico del pueblo. Vida y Obra de José Gregorio Hernández”¹:

“En Venezuela, la devoción a José Gregorio sigue expresándose en diversas manifestaciones culturales y religiosas. Desde los coloridos letreros de los autobuses hasta los murales en paredes de la ciudad, pasando por los altares domésticos adornados con flores y velas, todas las expresiones artísticas y religiosas son un homenaje a la venerada figura”. (Panel 6)

Entre todas esas manifestaciones se destacan los murales en diversos espacios públicos del país.

Pero, ¿quién es José Gregorio Hernández? Es un médico que vivió en la Caracas de finales del siglo diecinueve y principios del veinte², quien en vida se caracterizó por su dedicada atención a los pobres y por una fe cristiana ejemplar; “un hombre sencillo, inteligente y moderado” que dejó una importante huella en la población. A partir de su muerte en 1919³ empezó a ganar gran devoción entre el pueblo, la cual fue creciendo a medida que los testimonios de favores y

1 AA.VV. (2024). El Médico del Pueblo. Vida y obra de José Gregorio Hernández, Exposición itinerante, Caracas, AC. Cultura y Fe

2 José Gregorio Hernández Cisneros nace en 1861 en Isnotú y muere en 1919 en Caracas.

3 Muere al ser atropellado por un vehículo, en la Esquina de Amadores de La Pastora, en Caracas.

milagros realizados por él se multiplicaban. Señalan Carlos Isso y Leonardo Marius en el libro “El Médico del Pueblo. Vida y obra de José Gregorio Hernández” (2024, Caracas, Abediciones UCAB)⁴ que “la gratitud y la devoción del pueblo hacia él, las promesas que le hacen y que siempre cumple, en la medida de la confianza depositada en él, nada de esto puede darse por sentado, ni obviarse fácilmente”. Y luego agregan “el pueblo venezolano, independientemente de su posición social, condición económica o convicciones, no permite que olvidemos a este hombre cuya humanidad trajo y trae tanto bien”. La Iglesia Católica comenzó la causa de canonización en 1949, lo beatificó en 2020 y en octubre de 2025 es nombrado santo y elevado a los altares.

La figura de José Gregorio Hernández, su rostro o su cuerpo completo, se ha convertido por consiguiente en icónica; un referente religioso con el cual los venezolanos, creyentes o no, se identifican. En tal sentido, afirma Wilver Contreras⁵ que se ha idealizado su figura como la de “un hombre donde resalta su estilizada y elegante pose” proyectando “su rostro con mirada bondadosa” o su “esbelta figura de pie con su traje negro y sombrero”. Tal imagen se ha construido principalmente a

4 Libro el cual fue también catálogo de la exposición que lleva el mismo título.

5 Contreras Miranda, Wilver (2020). “Dr. José Gregorio Hernández. El arte como un espíritu trascendental y sagrado”, en: Ontiveros Paolini, Eleazar et al (Editores), José Gregorio Hernández, biografía de la ejemplaridad, Mérida, Publicaciones Vicerrectorado Académico.

partir de su última fotografía realizada en 1917. “Existen muy pocos registros verdaderos del Dr. José Gregorio Hernández Cisneros -señala de hecho Contreras- aunque sí muchos relatos de testigos y devotos [...] pero lo poco existente, ha sido suficiente para que el imaginario popular y las artes plásticas lo plasmara en [...] bustos y figuras completas, vestido de elegante traje”, en todas las expresiones artísticas, como pintura, escultura, murales, e incluso artesanía.

Su representación plástica está pasando, como se señalaba anteriormente, por una “propagación iconográfica”, un fenómeno que merece atención. Tradicionalmente la figura de José Gregorio fue adoptada por el sector popular de la población, y por tanto venía representada en reproducciones litográficas (estampitas) o modeladas en yeso (imagenes religiosas), repetidas en serie y de poca calidad, y también por artistas y artesanos populares, en pinturas o en tallas. Pero en recientes años diversos artistas y diseñadores contemporáneos han girado su atención sobre su figura y lo han asumido como objeto estético de su producción. Esto se evidencia en múltiples espacios expositivos, como galerías, museos y ferias, y de manera particular en espacios públicos, a través de murales y monumentos, realizados a todo lo largo del país. Este es pues, el fenómeno JGH⁶, objeto de estudio de esta investigación.

6 En adelante se utilizará la abreviación JGH para referirse a José Gregorio Hernández.



Fig. 1. De la fotografía original a la nueva imagen de JGH

JGH en el arte público: Murales en Caracas

Este fenómeno ha motivado el interés por conocer más sobre “JGH en el arte”. Como antecedentes merecen mencionarse dos. El primero se concretó en el artículo “Arquitectura, Arte y Diseño en la Beatificación de José Gregorio Hernández. Una re-unión de las artes en acto” de 2021, el cual consiste en una mirada a la integración de las artes que tomó lugar en aquella ceremonia. El segundo es la exposición, ya mencionada, “El Médico del pueblo. Vida y Obra de José Gregorio

Hernández” (2024), curada por varios autores⁷ y exhibida en las ciudades de Rimini (Italia), Caracas y Mérida, de la cual el autor participó en la sección dedicada al impacto cultural que ha tenido JGH en la cultura venezolana.

Ahora bien, el lugar de origen de la propagación iconográfica de JGH es propiamente el pueblo de Isnotú, lugar donde nació el santo y donde se encuentra el Santuario principal. En este pueblo apartado en Los Andes venezolanos se encuentran valiosas obras de arte, como el ciclo vital de JGH pintado por Iván Belsky en 1962, algunos murales, como el mosaico hecho por Luis Enrique Mogollón en 2021, entre otras obras. Sin embargo, Caracas reúne la mayor cantidad de expresiones artísticas del fenómeno en cuestión. En esta ciudad José Gregorio vivió, murió, y dejó su huella más profunda. Para ilustrar este hecho, se presenta un registro descriptivo de los principales murales que se encuentran en esa ciudad.

En el barrio La Pastora se encuentra un conglomerado de seis murales realizados entre 2019 y 2021. Los mismos ayudan a conformar una idea de musealización del área donde vivió José Gregorio, la cual tiene como centro su casa, convertida ahora en Casa-museo. Tres de estos murales sirven de entrada al barrio, dos acompañan la Casa-museo y uno conmemora

7 Leonardo Marius, Sabrina Di Scipio, Alejandro Marius, Andrea Marius y José Luis Chacón.

el lugar donde murió el beato. Estos tres últimos son expresiones de arte popular, mientras que los primeros son de arte contemporáneo.

En todos se representa a JGH figurativamente, ya bien en rostro o de cuerpo entero; mostrando sus rasgos característicos: cara de tez blanca, ojos y cabello negro, con bigote; vestido de traje negro, camisa blanca y corbata, y con sombrero también negro.



Fig. 2. Los murales de García y Dimuro en La Pastora. Fotos de Sabrina Di Scipio

Caben resaltar los murales de Miguel García y Javier Dimuro. Ambos representan en gran tamaño el rostro de JGH, e introducen la novedad de un fondo abstracto, muy colorido y geometrizado. Se encuentran pintados sobre grandes superficies de pared, que dan hacia la avenida Fuerzas Armadas que delimita el barrio. Ambos generan un gran impacto visual.

Cercanos a La Pastora se encuentran otros dos murales. Uno es el de Susan Applewhite en La Candelaria, y otro de autor desconocido en La Hoyada, este último representa el rostro del santo como arte popular, hecho en mosaico de baldosas de cerámica. El de Applewhite resulta interesante por cuanto, aun cuando de dimensiones modestas, muestra la silueta de la figura del santo en cuerpo completo, hecha con blisters de medicamentos, ya vacíos.

En el Este de Caracas, vale la pena mencionar dos murales contemporáneos. Uno es el de Wolfgang Salazar (Badsura) en Chacao y el otro de Eduardo Sanabria (Edo) en Los Palos Grandes. El primero representa a gran escala de manera realista el rostro de JGH, acompañado de cuatro rostros más de ciudadanos comunes, todos rodeados de una composición geométrica de círculos, colores y algunos objetos reconocibles. El de Edo es en cambio una serie de cuadros tipo comic, en los cuales JGH es representado como una caricatura, en diferentes vestimentas (como médico, cirujano, músico, estudiante y ciudadano común) en fondos unicolores pero de distintos tonos resaltantes.



Fig. 3. Los murales de Badsura y Edo en el Este de Caracas. Fotos de José Luis Chacón

Existen muchos otros murales de JGH, la mayoría realizados ya bien como grafiti o como expresión popular, los cuales se encuentran dispersos por la ciudad, hechos en superficies inadecuadas y con materiales de poca calidad, lo que los hacen perecederos. También es de notar que siguen surgiendo nuevos murales de carácter contemporáneo, incluso ahora, después de la canonización.

Una colección de arte popular y contemporáneo

A partir de esta documentación se observan dos lenguajes de representación muy diversos entre sí. Por una parte se encuentra el arte popular, el cual se caracteriza por una figuración tosca, realizada por artistas autodidactas y con un imaginario ligado a las tradiciones del pueblo. Así lo expresa uno de los textos de la exposición: “La representación artística popular se caracteriza por una expresión ingenua, basada en los diversos imaginarios divulgados por estampitas y otras publicaciones, y -además- por una devoción, surgida en lo más personal del artífice” (Panel 6).

Por la otra parte, el arte contemporáneo (término general que intenta englobar diversos rasgos presentes en la actualidad) el cual para este caso, asume también el camino de la figuración, sobre todo realista, pero a la cual introduce elementos abstractos, o bien geométricos, o conceptuales. Los artífices son artistas con formación artística (universitaria o similar), muchos de ellos exponentes de *Street Art*, y con un imaginario globalizado (tal y como lo evidencian sus RR.SS.). Como se hacía notar anteriormente, “se ha visto un interés por parte de diferentes artistas, modernos y contemporáneos, por incorporar la figura de José Gregorio como centro de sus obras. Entre ellos tenemos a los que realizan murales alusivos a él, como expresión de un arte urbano que se apodera de las paredes de nuestras ciudades” (Panel 6).

Curiosamente, estas dos “estéticas” no se muestran en conflicto; la una no cancela a la otra, ni están en oposición, sino que ambas se suman una a la otra, produciendo una colección de arte público dedicada a JGH, muy diversa y extremadamente interesante. La imagen de un santo toma las calles y deja como legado al ciudadano un itinerario artístico abierto y por descubrir. Así como afirma Contreras, “con esta suma de importantes artistas la creación se fusionó en la fe y la fe se multiplicó por todo el territorio de la Venezuela desamparada [...] José Gregorio, el artista, sabe escuchar las plegarias de la desesperanza para transformarlas en hermosos amaneceres”.



Fig. 4. La colección de arte público de JGH (Calle de La Pastora). Foto de Sabrina Di Scipio

Ahora bien, si tradicionalmente la figura de JGH era representada por una estética popular, ligada a la tradición y a la devoción religiosa, y a un cierto punto, el santo viene representado por una estética contemporánea, con un nuevo lenguaje plástico, pero manteniendo su carácter de imagen icónica, el cambio de percepción y proyección que se evidencia, ¿a qué se debe?, ¿porque los artistas contemporáneos lo han asumido en sus obras?, ¿será acaso una fiebre, una moda?, o ¿habrán otros motivos?

La beatificación como activador

A todo lo largo del siglo XX la fama de hombre santo de José Gregorio se consolidó en el espíritu religioso de los venezolanos; y su imagen fue venerada (mucho antes de su canonización) por todos aquellos que pedían su intercesión ante una enfermedad o un accidente. Pero el gran salto se da cuando la Iglesia Católica anuncia su beatificación, y acontece el fenómeno JGH. La beatificación es pues el evento activador para que saliera de los pequeños altares populares y se convirtiera en una presencia pública, capaz de conciliar los conflictos sociales y unificar las posiciones polarizadas del país. Es como si de “médico de los pobres” se convirtiera en “médico de la paz”, tal y como lo propone en efecto la exposición mencionada.

Así, “un conglomerado de editoriales e imprentas, artesanos y artistas plásticos, se fusionaron en un fin común [...] aún

con mayor fuerza ante la beatificación del Dr. José Gregorio Hernández” señala Contreras, para así “aumentar su pertenencia en la sociedad venezolana y de los países andinos, haciéndose una multiplicación fotográfica de su rostro con mirada bondadosa o su estilizada y esbelta figura de pie con su traje negro”. La misma campaña lanzada por la Iglesia incluso marcaba la pauta al “intervenir” aquella fotografía de 1917 colocándole la bata de médico con un rosario colgando de un bolsillo, en lugar del traje negro, y agregándole una tenue luz a modo de aureola, en vez del sombrero.

La beatificación marca por tanto un giro importante. Ésta “es el paso inmediatamente anterior a la canonización de un cristiano candidato a santo” como indican Isso y Marius, agregando: “un santo es un bautizado común y corriente que ha practicado las virtudes cristianas en grado heroico. Un santo ha pasado al umbral de la eternidad e intercede por quienes le invocan”. Y precisamente fue esta la razón que se produjera este paso. “Si la gracia pedida por el creyente al intercesor es concedida por Voluntad de Dios, estamos ante un hecho milagroso, tal como le pasó a la madre de Yaxury Solórzano cuando oró al Venerable Jose Gregorio Hernández”.

Aquella ceremonia de beatificación realizada en la Capilla San Juan Bautista de La Salle de Caracas, estuvo sobre todo marcada, como señalaba Chacón en 2021, por el protagonismo del arte.

“Junto al evento religioso y a su significación para todos, fueron igualmente protagonistas la arquitectura, el arte (en sus varias dimensiones) y el diseño. Cada una de estas disciplinas tuvo un lugar particular en la celebración litúrgica –la edificación, las obras de arte, las intervenciones musicales, los objetos utilitarios- reunidas en sincronía para realzar los sentidos dirigidos todos hacia la figura de José Gregorio Hernández, quien era elevado en ese momento a los altares. Por esta razón, cada una de estas ‘presencias insignes’ del mundo artístico y creativo [...] producto de distintas personas, artistas y artesanos, convocados por el comité organizador [...] producían como un evento extraordinario, una especie de ‘obra de arte total’”.

Y no solo la beatificación sino también la reciente canonización han servido de inspiración para los artistas y los productores culturales, quienes vienen inundando las salas de exposición, los muros y las plazas de los espacios públicos de las ciudades venezolanas, con una imagen actualizada de JGH. En estos momentos difíciles que vive el país, “José Gregorio Hernández representa ese sueño venezolano: de los cromos que reproducían el retrato de Nueva York y que vendían en los mercados o a las puertas de las iglesias hasta en la Santa Sede” (Isso y Marius, 2024), y que ahora se convierte en parte importante del arte público contemporáneo. Un sueño de unión y conciliación de gran resonancia que ha logrado el arte público, sin duda alguna, pero que aún falta por verse concretado en todos los demás niveles de la vida venezolana.



Fig. 5. JGH en los muros de Petare. Mural realizado recientemente para la canonización. Foto de Sabrina Di Scipio

Cultura y Narcocultura

Víctor Carcuro Maturana*

En las aulas (en algunas, al menos) ya no se respira rock. Cuando, previo a la realización efectiva de la clase y, para propiciar una atmósfera semi-frívola (bien entendida), uno hace sonar indicios rockeros o afines, sin que ello acapare una especial atención por parte de los que se espera que se alcen como curiosos y ojalá entusiastas oyentes. Esto, por un lado, por razón del verdadero enclaustramiento mental voluntario en el submundo de los celulares y por otro, simplemente por el hecho de que ese estímulo asociado al rock esa chispa de curiosidad fascinada que generó en uno en sus

*Abogado licenciado en ciencias jurídicas y sociales PUCV. Diplomado en Derecho de Familia PUCV. Docente de Ética y Formación Cristiana Duoc UC. Magíster © en Filosofía Aplicada Universidad de los Andes.

años más tempranos, hoy es una obsolescencia. Lo que sí se deja oír espontáneamente, en arribo a la cátedra, en estos mismos contextos, es la reconocida como “música urbana”. Una circunstancia tan baladí puede hacer pensar en las esperables diferencias generacionales que juegan su debido rol en el caso; pero, en simultáneo y ahondando, puede llevar a una reflexión que alcance confines antropológico-filosóficos; sin entrar en una narrativa condenatoria ni moralmente pretenciosa (ningún ser humano, a mi entender, puede atribuirse tal prerrogativa).

Un primer esbozo de reflexión podría iniciar por reconocer el hecho obvio de que el gusto musical circundante en una sociedad determinada representa y da voz a, al menos, un segmento suyo. Podría afirmarse, así, que tanto el rock como la música urbana han cumplido roles similares respecto de los sectores juveniles; sin embargo, a juicio de quien suscribe, existe una diferencia fundamental en cuanto a la aspiración que se deja traslucir en ambos géneros: el rock, en su auge, se erigió como un espacio de manifestación de rebeldía, que concedía una voz colectiva, sublimada; a quienes no se sentían representados por el sistema convencional. Concedía un espacio de visibilización y expresión a quienes no lo tenían. Hizo de la rebeldía una opción. Ahora, el rock siempre fue sincero y realista respecto de este espacio y rol que siempre le cupo. Sabía que su sitio propio era el de los que aquellos culturalmente se sentían orgullosamente marginados y con

ello, emuladores de una alternativa vital fresca y desenfadada. En este punto es donde quiero resaltar la diferencia con el espíritu que parte de la música urbana (seguramente no toda) y su mensaje se hacen presente en el espectro cultural y musical.

Parte de la música urbana (y de otros géneros afines), por su parte, si bien comparte con el rock el hecho de que se ha constituido en una suerte de portavoz artístico para un fenómeno social marginal; se diferencia de éste en cuanto a que ya no se limita a ofrecer al mundo una ventana o un simple testimonio de la realidad que da sustancia sus obras; sino que, derechamente, ensalza y reclama, acaso involuntariamente, un espacio legítimo para la expresión una realidad subcultural: hablamos de la llamada “narcocultura”.

En los últimos años este fenómeno ha ido ganando, progresivamente, figuración mediática a través, principalmente, de la música; en géneros que concitan gran atención a nivel de audiencia juvenil. Esto, como parte de un advenimiento que, a la par con su revelación gradual, ha ido ganando en normalización. Un hito en esta historia estuvo dado por la polémica suscitada con ocasión de la participación tentativa de Peso Pluma en la versión 2024 del Festival de la Canción de Viña del Mar. Es obvio que tal invitación inicial respondía a un arraigo popular puntual y ese fue el mismo factor que alzó la polémica (azuzada a causa de una columna de Alberto

Mayol)¹ ; en particular en cuanto al posible veto que ameritaría la participación de Peso Pluma en el evento. Por primera vez, la manifestación artística general de la narcocultura daba pie a un dilema social. Pero cabe hacer presente que, como es de suponerse, previo a la aparición de este dilema social, ya existían un fenómeno sociocultural no sólo en ascenso, sino ya consolidado. La interrogante podría estribar, por tanto, en la naturaleza e implicancias de este fenómeno y su gradual arraigo e instalación populares.

A la base fáctica de la narcocultura se halla, naturalmente, el narcotráfico. Y éste, al modo de una sociedad intermedia, ha generado proyecciones y ecos que dan cuenta de una cultura particular que engloba una prácticas, narrativas, estéticas y códigos determinados. Dentro de los elementos antedichos podemos mencionar, la validación del consumo de drogas, el culto a la violencia y a todo despliegue visible de poder, referencias visuales a las armas de fuego y en general una suerte de culto al hedonismo.

Ahora, en la línea de lo que se señaló con anterioridad, a diferencia del rock, el fenómeno de la narcocultura no se ha contentado con canalizar una realidad marginal; sino que ha ganado espacios de normalización. Si bien el episodio de

1 <https://www.biobiochile.cl/noticias/opinion/columnas-bbcl/2024/01/08/peso-pluma-en-vina-a-veces-hay-que-escuchar-la-voz-del-narco.shtml>

Peso Pluma halló una suerte de salida diplomática, no debe soslayarse el hecho de el incidente en cuestión no hizo más que representar ostensiblemente que la masividad del artista obviamente no está exenta de causas sociológicas y que admite, por tanto, ciertas consideraciones antropológicas. Y es que la pregunta medular a la que podría arribarse es ¿hasta qué punto los indicios musicales vinculados a la narcocultura expresan una actual normalidad o aspiración a ella?

Sobre esta interrogante, puede ensayarse una respuesta, a modo preliminar, al menos, de fácil esbozo; pues tiene que ver con lo ostensible, con lo manifiesto y abierto a la exposición pública. Los elementos y estéticos propios de la narcocultura se pueden contemplar hoy, a simple vista, a través de elementos tales como la vestimenta y la música. ¿Y en este caso qué tan profundo será el iceberg? ¿Puede sostenerse que estas manifestaciones no estén haciendo más que dando cuenta de preferencia meramente estéticas? ¿O bien estarán permeando en un ADN social juvenil que esté incidiendo en la configuración de su idiosincrasia y cultura? Una respuesta acabada a esta batería de interrogantes excede el objeto y posibilidades de este ensayo; pero sí puede intentarse develar los elementos ínsitos en las expresiones de esta subcultura que hacen que representen una opción tentadora para nuestros jóvenes. Mal que mal, análisis sociocultural debe alojarse no en la moralina de corte puritano, sino en la debida identificación de las causas de un tal fenómeno, para, eventualmente, combatir sus

respectivos efectos. La importancia de la sinceridad y realismo de un proceso analítico cualquiera es difícil de sobrevalorar.

Lo cierto es los factores son numerosos y relativamente sencillos de identificar. Fácil es de reconocer que la narcocultura ofrece a nuestro sector social novel una posibilidad de figuración pública, con aires triunfales, cuya consecución es posible siguiendo una ruta mucho más inmediata y fácil que la que deparan las opciones más convencionales (estudiar, persistir en un oficio en que espontáneamente se pueda hacer gala de talento; ir labrando el éxito paulatinamente, en definitiva). Este “éxito” prometido también se expresa en la obtención, también mas sencilla e inmediata, de “mujeres”; en la satisfacción instantánea de las pulsaciones sexuales, todo esto alentado, también por un submedio que, lejos de hacer apología a la unión espiritual y además física en que consiste el amor, exalta el intercambio humano meramente físico-instintivo.

Podría sumariarse, en todo caso, el compendio de promesas con que la narcocultura tienta a los jóvenes, en un término antropológicamente clave: poder. Si determinados contextos sociales hacen más difícil el éxito convencional y obtenido en buena lid; esta subcultura de la que hablamos se ve magnificada su potencial influjo social si consideramos las posibilidades de poder que ofrece. Esto halla simiente, además, en medios de riesgo social en que el código social está monopolizado por la ley del más fuerte, la ley de la selva. De medios en que

la vida entendida como “civilizada” no halla espacio; pues se considera inútil e incluso estúpida para efectos de supervivencia. Se trata, en definitiva, de una realidad paralela a esta “vida civilizada” que, en cuanto tal, dista de la aspiración y búsqueda a los ideales mayores o humanos, propiamente tal. Lejos, en la postergación, quedan la aspiración al bien común, la consecución del amor, la auténtica realización personal y el ejercicio de las humanas potencialidades al más alto nivel (la dimensión espiritual es prácticamente inexistencia); muy por el contrario, el ámbito general de actuación se ve rebajado a una escala infrahumana, por cuanto apela a nada más que la supervivencia, al consumo y a la satisfacción de los placeres efímeros. En este plano, el campeón es aquel apto para alzarse como líder de una manada salvaje; no el que encarna el ensalzamiento de las potencialidades humanas a su máximo, como se indicó anteriormente.

Cabe hacerse la pregunta en cuanto a qué alternativa se puede ofrecer, desde las trincheras culturales (cualesquiera éstas sean, en la práctica). La interrogante cobra relevancia si se considera que la narcocultura se ha desplegado en un plano mayor al que comúnmente se asocia al riesgo social².

Es fundamental recordar que los altos ideales humanos no son una abstracción romántica, sino una realidad, con letras

2 <https://noticias.unab.cl/assets/uploads/2024/01/Emol-La-narcocultura.pdf>

mayores. La academia, al respecto, puede hacerse cargo de una tarea crucial; en particular, dándose el momento de descender, ocasionalmente, de sus alturas y avocarse, dentro de sus posibilidades, a una tarea “re-civilizatoria” en términos éticos, antropológico-filosófico y, en última instancia, metafísica. Restaurar el sentido de la realidad y con ella, la genuina naturaleza humana; puede significar una nobilísima misión, que se encomiende a sí misma el reencantar a las mentes noveles con la belleza de lo real: con la riqueza auténtica de la naturaleza humana, con el hecho de que la ética no es un cuerpo normativo exánime, sino la carta de ruta a conseguir una mejor vida y con ello la verdadera felicidad; entendida como aquel ascenso personal y comunitario a lo más alto de nuestra existencia, perfilada desde nuestra inmaterialidad y no desde la batería de ofertas que depara una cultura impulsada por el consumismo, la inmediatez obsesiva y omnipresente en su aspiración y en que lo “bueno” y lo “útil” se han convertido en nociones fraternas. Porque cabe, por lo demás, hacerse presente que si la narcocultura ha surcado la cultura social presente al nivel que lo ha hecho, se hace imposible aislar aquello, causalmente, de los posibles vicios que la aquejen.

Existen sombras, siempre han existido; pero es un craso error dar cualquier tipo de pábulo al fatalismo. No es necesario rebuscar en profundidades insondables ni sortear una infinitud de capaz para percatarse del hecho de que sí existen en efecto, mentes jóvenes curiosas y expectantes, anhelantes,

aunque sea, la modesta posibilidad de se les vuelva a insuflar humanidad; haciéndoles partícipes de una regresión a premisas fundamentales que tallaron los contornos históricamente más bellos de nuestra civilización. Nunca será tarde para hacer presente, especialmente a aquellas mentes más ávidas de conocimiento y horizontes celestes, que la bondad y la belleza son propiedades del verdadero ser de la realidad toda. Viene siendo tiempo de responderles a la altura que exige su dignidad.

Los desafíos de la cultura

Carlos Maillet Aranguiz*

La cultura no debiera ser un apéndice de ningún programa de gobierno, sino un eje del desarrollo. En el caso de nuestro país, la experiencia reciente demuestra que el problema de fondo no es la falta de políticas culturales, sino su baja efectividad territorial, su concentración en Santiago, y su dependencia del ciclo presupuestario acotado. Chile invierte hoy apenas el 0,6 % del PIB en cultura, todavía lejos del 1% recomendado por la OCDE, y el desafío de la próxima década será pasar de una política de eventos a una política de infraestructura, gestión y sostenibilidad.

* Arquitecto, Director de la Licenciatura en Arte y Conservación del Patrimonio de la Universidad San Sebastián.

1. Identidad y participación cultural.

La participación cultural se ha estancado. Solo el 35 % de la población accede regularmente a actividades artísticas o culturales (INE 2022), y menos del 50 % de los municipios cuenta con espacios gestionados activamente. Revitalizar la identidad requiere más que campañas simbólicas: exige fortalecer la educación artística, impulsar la gestión comunitaria y digitalizar los espacios culturales para que el acceso sea cotidiano. La cultura debe entenderse como ciudadanía activa, no como un consumo pasivo.

2. Espacios e infraestructura: cerrar la brecha territorial.

Chile tiene más de 120 comunas sin bibliotecas, museos ni centros culturales, y la mitad de los centros culturales municipales presenta deterioro o uso intermitente. Aun cuando el presupuesto MINCAP para 2025 destina \$93.658 millones a infraestructura, solo el 40 % se ejecuta fuera de la Región Metropolitana. Esta desigualdad limita la cohesión social y la empleabilidad creativa. La infraestructura cultural no puede seguir siendo un lujo urbano: es una política de equidad territorial.

3. Descentralización y acceso equitativo.

Más del 60 % de los teatros y museos del país se ubica en Santiago. En zonas rurales, apenas el 35 % de la población asiste regularmente a actividades culturales (INE 2022). Fortalecer los teatros regionales, crear circuitos culturales

itinerantes y extender horarios de museos y bibliotecas permitiría democratizar el acceso y fortalecer la identidad regional. La descentralización no es solo distribuir recursos: es redistribuir tiempo, presencia y oportunidades culturales.

4. Financiamiento y dinamización económica.

El 70 % del gasto público cultural se asigna aún de manera discrecional (MINCAP 2023), y el aporte privado o filantrópico no supera el 10 % (CENDA 2022). El país necesita un sistema mixto de financiamiento cultural —público, privado y filantrópico— con incentivos tributarios reales, fondos concursables transparentes y mecanismos de sostenibilidad. En paralelo, el turismo cultural, que hoy solo representa el 4 % del gasto turístico total, podría ser un motor patrimonial y económico si se integra a las estrategias regionales de desarrollo.

5. Inversión pública sostenida: de los anuncios a la planificación.

Potenciar el Plan Nacional de Inversiones Culturales para la próxima década 2026- 2036 debería proyectar entre USD 1.500 y 2.000 millones en infraestructura y activación cultural. Más que levantar edificios, se trata de activar gestión, empleo y sostenibilidad. Crear un Comité Nacional de Inversiones Culturales y mesas regionales permitiría coordinar con gobiernos locales y actores privados, asegurando trazabilidad y continuidad, algo que la política cultural chilena

difícilmente ha sostenido. En suma, estos cinco ejes se plantean como una oportunidad histórica: transformar la cultura en una política estructural de desarrollo humano, económico y territorial. No bastan más leyes ni discursos patrimoniales; se necesita gestión profesional, evaluación permanente y visión de largo plazo. La cultura, bien gobernada, no divide recursos: los multiplica. «No bastan más leyes ni discursos patrimoniales; se necesita gestión profesional, evaluación permanente y visión de largo plazo. La cultura, bien gobernada, no divide recursos: los multiplica»

La cultura en peligro

La colección de **Cuadernillos de Formación Ciudadana** ha sido concebida con fines exclusivamente pedagógicos, sin fines de lucro. En virtud de ello, su distribución es totalmente gratuita. De este modo, se pretende prestar un servicio a la formación cívica en nuestro país, en especial a los jóvenes, presente y futuro de las naciones.



PERSONA Y COMUNIDAD
FUNDACIÓN